

**Piel gruesa**

Soria Vázquez, Javier  
Piel gruesa 1° Edición  
Gato Gordo Ediciones  
Agosto, 2019, Tucumán, Argentina.

**Edición:** Fabricio Jiménez Osorio

**Diseño:** Patricio Dezalot

**Distribuye:** Lúbrica Libros

**Javier Soria Vázquez** es artista visual, escritor y curador interino, nacido en Cafayate y formado en Tucumán.

Fue premiado en diversos concursos y salones de arte. Entre ellos, Salón Nacional de Artes Visuales 2018, Premio Estimulo Salón de Mayo (2018), 2do Premio Itaú de Artes Visuales (2016), 2do Premio Itaú Cultural, Cuento Digital (2015) 1° y 2° Premio Salón de Artes Visuales (Salta 2014, 2013), Premio Oscar Montenegro, Concurso Literario Provincial (Salta, 2013) y 2° Premio Salón Regional de Arte de La Rioja (2012).

Desde 2014 coordina talleres de arte y escritura.

## Me ha visto

Sabemos siempre  
que podemos encontrarnos  
en este estado,  
pero nunca cuando.

Hoy me desperté  
tendido sobre hierba  
que cubre  
el lado bueno  
de la montaña.

Bajo un abeto blanco esperé,  
por horas,  
lo que nadie sabe.  
Me deshice  
en reflexiones  
que ya no recuerdo.  
Me dejé pintar la cara  
con un tono azulado de brisa.  
Bajé a sumergirme  
y tomé otro camino  
evitando los senderos.

Sé exactamente dónde nacen  
y en qué lugares mueren.  
Sé en qué momentos  
son más transitados.  
Puedo saber, al final del día,  
cuántos han pasado  
y calcular en sus huellas,  
sexo, altura y peso.  
Tengo la capacidad  
de sentir sus olores  
a decenas de metros,  
subordinándome  
a los rumbos del viento.  
Sé cuándo virar  
en otro sentido  
para evitar el encuentro.  
Lo aprendí desde pequeño

y, aun así,  
aquí estoy.

Todas las formas  
pueden mudar.  
Todos los días  
pienso en el último.  
Y ahora estoy cerca y,  
sin embargo,  
las cosas pueden sobrevenir  
de otras maneras.

Entre todas las posibilidades  
existe también la posibilidad  
de que suceda lo inesperado.

No voy a dar un paso más.  
No voy a moverme.  
Voy a mirar hacia donde está  
para que sepa que sé.  
Para darle el mérito  
del arrepentimiento.  
Para generarle la duda  
que le haga temblar el pulso  
y beneficiarme así del error.

Soy presa fácil.  
Soy el centro de una cruz  
porque en algo  
debo haberme equivocado.

Vuelvo  
diez minutos atrás,  
cien pasos atrás,  
mil metros atrás,  
y hay un millón de destinos  
en los que podría estar  
que no son éste.

Todo lo que me rodea  
se ha estancado conmigo.

Aguzo el oído,  
y escucho la estruendosa  
respiración del otro  
y cómo el pecho casi le estalla.

Y sucede.

Jala.

Y el pecho que estalla  
es el mío.

## I

mb me pregunta, entonces, cuál es la diferencia entre *La fountain* y el coso éste sobre el que orinamos.

Ni pienso ni respondo. Sólo deseo vaciar mi vejiga y volver a la mesa por otra cerveza.

mb guarda lo suyo y sale del baño (sin mojarse siquiera los dedos) vociferando, con la garganta raspada, que el arte es una mierda.

Miro el receptáculo e imagino haciendo esto mismo en el del san francisco museums of modern art, mientras la firma de mutt se deshace en líneas negras.

## II

A los cuatro años, antes de iniciar el jardín de infantes, doña berta, mi madre, tramitó mi dni por primera vez, llamándome adolfo, por hitler.

Hasta ese momento, mi nombre había sido manuel. Pero por una serie de infortunios provocados por alguna anomalía psíquica a la que nunca se le puso nombre, doña berta decretó que el padre, al que no conocía, era aquel de imagen turbia y disonante.

## III

Mi comportamiento errante nunca cesó. Solía atrapar pequeñas aves a las que filmaba en un cassette regrabado hasta el hartazgo, con una cámara vhs robada de una casa de reparación de heladeras de la dorrego.

Atrapar aves era sencillo. Trepaba al techo y colocaba un trozo de pan bajo una caja, suspendida desde un lado por una caña de unos diez centímetros y amarrada a un hilo del cual tiraba cuando la presa colocaba una pata sobre un círculo rojo.

Sufría el contacto con el bicho. Recuerdo esa desagradable sensación de un corazón pequeño golpeando veloz contra la palma de mi mano, hasta que lograba tomarlo por las alas y arrancárselas en un solo movimiento.

La tarea no era fácil. A veces me quedaba con el pájaro suspendido desde uno de los extremos y debía tomarlo otra vez del cuerpo para volver a tirar. El animal se agitaba y excretaba sangre por un fragmento de tiempo hasta quedar inmóvil. Mi cámara era ese testigo frío que reproducía el hecho una y otra vez hasta la víctima siguiente.

Las alas eran cuidadosamente lavadas, secadas al sol, clasificadas de acuerdo a forma, tamaño y color, inventariadas mediante dibujos, envueltas en papel de zapatos y colocadas en una caja que quemé a los doce, un año antes de que doña berta desapareciera sin dejar rastro.

#### IV

Durante casi tres años viví en las afueras de la ciudad, en una casona de dos plantas construida en mil ocho cuarenta. Me alimenté por cuenta propia de tubérculos de la huerta, mientras la señora esculpía en piedra cuerpos de hombres y mujeres en diversas y osadas poses amoratorias.

Observaba a la señora a través de una ventana concentrado en el sonido rítmico del cincel y en el modo en que aparecían las formas, incrustándome las yemas en el monte de venus.

Esperaba allí hasta cerca de las ocho y me escabullía bajo la lona que cubría los cuerpos para acariciarles la textura, mientras la señora roncaba en algún dormitorio, arriba, exudando alcohol y hediendo a tabaco.

#### V

*¡El amor ha fracasado!*, gritaba cada tarde de domingo, soltando una carcajada que retumbaba en las sombras. Colocaba un disco de paco michel y bailaba, con clemente, el mismo tema una y otra vez.

*Doblegame*, le decía. *Doblegame*. Y bullían sobre una alfombra gris raído, como si estuviesen solos.

#### VI

La señora vio lo último amarrada al asiento de un boeing siete cuatro siete y el fuego devoró la casona tres días después.

#### VII

Caminé en línea recta durante un verano completo huyendo de la muerta y de lo que conocía. Seguí, inflexible, el trayecto del sol hasta encontrar el siguiente río para hidratarme el cuerpo y tumbarme por horas bajo el árbol más frondoso. Discutía sobre cualquier cosa en voz alta conmigo mismo para evitar olvidar las palabras.

Me hacía bien.

#### VIII

Conocí una mula que ofició de madre. Me guió en silencio por un sendero angosto que orillaba una montaña. Ella ajustaba su paso al mío y cuando me detenía, me esperaba siempre a cierta distancia.

Habremos caminado un día.



Los pies se me encallaron a diez pasos del cerco de una casa-cubo blanco impoluto.

La mula tomó una rama con la boca, me golpeó violentamente la espalda, y en un acto reflejo me liberé.

Era tarde y tenía hambre. La mula me condujo al baño y me hundí en espuma violácea.

## IX

Soñé que era un soldado que regresaba de una guerra de cien años, asesinando, por costumbre, a quien se cruzara en mi camino. La sangre era manantial que se hacía río y el río, mar. El cielo portaba un gran lunar plateado que reflejaba el sol desde un otro lado. Enceguecí. Y desperté sentado frente a un plato con velouté de pescado, posado sobre un individual verde, sobre un mantel a cuadros, sobre una mesa oval, mientras la mula, de espaldas, mascaba algo en un rincón de la cocina mirando el lunar por la ventana.

## X

Los días duraban más horas y aprovechaba para leer historietas que esta madre me traía vaya uno a saber de dónde. Me movía sobre el verde como sobre una cinta caminadora, sin alejarme ni acercarme nunca.

Un noviembre la cinta se detuvo. Caminar no fue lo mismo, y me alejé.

## XI

Fui un gran improvisador.

Alguien me había enseñado de niño un par de trucos para recitar poemas espontáneos que hablaran del amor de los otros.

Hacía esto cada sábado en un bar de putos, señalando los huecos del cielorraso, con un índice que sangraba.

En la entrada, un pesado telón rojo nos separaba del mundo.

## XII

Desperté con los pies helados.

A mi derecha, el hueco de alguien huele a humo.

Tengo los labios secos. Mojo los dedos en lo que queda de un vaso y me los chupo.

Evito detenerme en la desidia y entono a todo pulmón el último reggaetón.

Repito esa frase que dice que el cuerpo es fuego y que la noche no vacila.

Despego un chicle de la pared y con esta otra mano me acomodo la pija bajo el

bóxer.

Tengo los pies helados.

Me siento y los envuelvo con una camiseta negra que no lavo desde hace un montón.

Del otro lado se escucha un ruido que no logro traducir.

Me acerco como puedo a la ventana y un gato salta de un muro a otro con la destreza de los superhéroes.

Dudo entre este impulso hacia el vacío  
o bajar a comprar leche.

### XIII

Eran cerca de las siete cuando se escuchó el estruendo. Yo volvía de un pantano con el brazo izquierdo envuelto en cinta de embalar. Un silbido posterior a la eclosión me arrebató las certezas. No duró tanto, pero fue tan punzante que el eco me hostigó por días.

Cuando me repuse, corrí hacia el ruido adentrándome en la polvareda. Alguien me rozó para soltarme un extremo de cinta.

El brazo se me desnudaba a medida que se alejaba y traté de atraerlo, sin éxito.

Sentí la angustia que se siente cuando se pierde.

Fijé la vista en el punto en que la cinta se hacía niebla y avancé aferrado al último extremo.

Pasé por esto otras seis veces.

### XIV

Intenté encontrar a mi padre mediante un aviso en el diario:

*busco amantes de berta niemeyer.*

Pasaron semanas sin respuesta, hasta ese jueves en que un nonagenario se presentó en el bar en el que recitaba.

Esa noche el dedo no sangró y las palabras se me abotonaron a mi único saco marrón.

Comencé a hacer gestos con las manos recordando movimientos de falanges tocando la sonata en d mayor de haydn.

Un silencio denso me aprisionaba el pecho y el spot me seguía los pasos con precisión.

Bañado en sudor, finalicé mi presentación haciendo una reverencia al chico de adelante.

El viejito me esperaba sentado en un taburete con media sonrisa y un trago en la mano. Me presenté como hijo de berta y potencial heredero suyo. El sr. me dijo que era imposible, pues su amor por berta había sido del sacro.

Le pregunté en qué tiempo la había conocido. berta era solo una niña, respondió. Niña de cuanto, pregunté. De diecisiete, respondió. No tan niña, dije.

Calculando, este señor tendría sesenta y siete cuando berta tenía veinte.

Me contó que, a los veinte, berta se había escapado de su vida con un niño de quince que parecía de veinticinco.

## XV

Me mudé el viernes a lo del sr. Una casa ostentosa como pocas en la ciudad.

Los mármoles y bronces habían cedido a la corrosión del tiempo, pero una señorita de cuarenta y pico se encargaba de espantarles el polvo.

Mi cama, un nubarrón gris claro extremadamente cómodo, me sirvió para recuperar el sueño de dos décadas.

La señorita cocinaba delicioso y abundante, y el sr. comía como un pajarito.

Cada cuatro o cinco noches, chicas y muchachos asistían a cenar sobras, beber y bailar en exceso.

Mi cama desbordaba de cuerpos sin ropa esparcidos unos sobre otros, que me recordaban la exquisitez de aquellas esculturas.

El dormitorio del sr. era inaccesible, excepto para elba, la señorita.

Un día antes de que el sr. cumpliera cien, se le entumeció el corazón y todos aquellos manjares elaborados para el festejo, fueron degustados en el salón principal con el ataúd en el centro.

## XVI

Al atardecer la casa cedió a las llamas. La señorita elba, como capitán de navío, se aferró firmemente a la popa del féretro para dejarse arrastrar por la oleada.

## XVII

Decidí viajar otra vez hacia el oeste con dinero ahorrado esos últimos años. Habitaba cada pueblo unos meses para, finalmente, huir por algún motivo.

## XVIII

Alquilé una casa rodante amarrada a un árbol, detrás de un acantilado. Lo único que había sobre el piso de parqué era un florero con girasoles y un colchón de plumas de ganso.

Soñé todas las noches lo mismo.

Los sábados por la mañana, volaba en bicicleta hasta el mercado, a unos cincuenta kilómetros, a comprar provisiones que nunca duraban más de tres días. Los restantes, deambulaba por el área arrancando retazos que me nutrieran.

## XIX

Alguien golpeaba mi puerta siempre a la misma hora y corría hacia el sudeste antes de que abriera. Dejaba huellas que eran sendero que se desdibujaba a cierta distancia, lo que me hacía suponer que la cosa corría para tomar impulso y alzarse en vuelo hacia el azul.

Por más que esperara detrás de la puerta, el cuerpo me traicionaba y tropezaba con algo para dar, a eso, tiempo de huida.

## XX

A los tres años, doña berta me llevó a un parque de diversiones.

Recuerdo la abundancia de colores saturados a gran escala y unas luces que confluían en la cima de un poste titilando a ritmo de candombe.

doña berta perdió casi todo jugando a la lotería y yo no pude siquiera subirme al único aparato de color mortecino. Lloré en silencio por primera vez, cuando berta me dijo que en otra ocasión volveríamos.

Me lancé desde la cima de la tarima donde se apoyaban codos, cartones y porotos, y me arrastré por el polvo con un dolor punzante en la rodilla, sintiéndome un goldfish a segundos de morir.

Un hombre grueso me tomó por los pies y me arrastró de vuelta el lugar en que berta protestaba por su falta de suerte. Sin desatender lo que hacía, me tomó amorosamente en sus brazos y sacudió la arena de la camisa que me había puesto al revés.

## XXI

Regresamos dos días después a buscar un anillo verde esmeralda, barriendo cuidadosamente la primera capa de polvo con los pies. Recorrimos el predio desde todas las puntas, agilizando la tarea antes de que se ocultara el sol. Encontramos la piedra apoyada en el extremo de una estaca al lado de un edredón tendido detrás de una cocina-acoplado.

## XXII

Pasé dos meses en un hospital leyendo cuentos a doña berta mientras se alimentaba por sonda. Una pandemia había arrasado con el ochenta por ciento de los vecinos, de los cuales solo un cinco había sobrevivido.

De regreso, doña berta golpeaba cada puerta para contabilizar sobrevivientes y entraba en las casas vacías para llevarse lo que quedaba. Rescató para mí un salvavidas cabeza de pato que me calzaba perfecto a la cintura. Lo llevaba puesto por encima de un mameluco blanco, cada vez que regresábamos al hospital por agua y medicamentos.

## XXIII

Presionó los dos botones rojos con el mayor y el índice, y le introdujo el pulgar en la boca.

## XXIV

Habíamos salido antes de las once para tomar el último subte. Corríamos sobre el cordón evitando tropezar con gente cuando un oficial nos detuvo.

El hombre pidió refuerzos y en menos de diez minutos la cuadra estaba anulada y teñida en luz roja. Nos separaron en dos patrulleros y me manosearon las partes para incautarme el último caramelo de eucalipto.

Me quedé tendido de espaldas en el asiento trasero con el pantalón en las rodillas mientras el oficial se clavaba una paja hablando por walkie talkie.

## XXV

*No creo en lo que veo. Me circunscribo a lo que pienso y siento, durante el tiempo que eso dura.*

*Me contradigo una y otra y otra vez. Me desdigo otra y otra y otra vez. Después hago silencio.*

*Y el silencio sabrá durar unas horas.*

¿Quién dijo eso?

No recuerdo claro su rostro, pero sí el contexto y la situación. Había en la pared una reproducción enorme de autorretrato con chango y loro enmarcada en dorado y colgada al revés. Un tipo observaba el cuadro y decía que el arte era un invento de dios para atestiguar la existencia del hijo. Sostenía en la izquierda una copa con Montrachet, que bebía en estruendosos sorbos, mientras con la otra señalaba el entrecejo del retrato, aduciendo la irrelevancia del dato.

Me senté en la cabeza de un prócer hecho busto ubicado en las proximidades, para anotar algo de suma importancia en una libreta que esa misma noche perdí.

## XXVI

Volví a la casa mucho después de la catástrofe portando un bolso de diseñador comprado en una tienda de objetos preciosos, por una suma exorbitante, junto a un par de zapatos que me lastimaron los pies.

Antes de girar la llave me senté bajo el dintel para quitarme el calzado, presionarme la falange y detener el sangrado.

La casa estaba vacía. Quedaba solo un alma que me miró en silencio y desapareció apenas encendí la luz.

Tiré el bolso al piso y caí de espaldas.  
Habré dormido allí, y así, algo más de un día.

Sé que alguien golpeó la puerta a las diez treinta y siete, para luego huir.

## XXVII

Le debo a mi vida, incontables horas de sueño.

Leí una vez, quizás en una página web sobre bienestar y salud, que la acumulación de sueño puede generar psicosis y esquizofrenia.

Lindé una y otra.

## XXVIII

A los seis nos mudamos por doceava vez a un espacioso predio con frondosos árboles y arbustos que crecían, gracias al cuidado de doña berta, bajo un cielo vidriado.

Convivimos allí con cientos de ejemplares de lepidópteros que volaban libres, hasta que se topaban con la invisibilidad de algún muro e insistían en continuar su trayecto golpeando violentamente el cuerpo contra el enigma, hasta morir.

Cada tarde recogía los cadáveres en un sobre de papel de diario para cremar los restos.

## XXIX

El colegio me quedaba tan lejos, que doña berta optó por encargarle mi formación a una de las practicantes que venía cada sábado escoltando a un sr de buen porte amante de la investigación.

doña berta se perdía, por horas, entre hojas y mariposas, en su afán de facilitarle tarea al amante.

### XXX

doña berta decía que los hijos eran la peor desgracia ocurrida a cualquier mujer. Un castigo divino que solo se redimía con la muerte.

Para contrarrestar ínfimamente su desdicha, me enseñó desde pequeño a rezar por ella todas las mañanas, alegando que la única imposibilidad de dios, es la de ignorar a un niño. Debía hacerlo arrodillado y en voz alta, nombrándola al menos cinco veces, mientras planchaba uno de sus tres vestidos que combinaba, siempre, con un pañuelo. Tenía cientos. Decía que era más fácil aprehender uno de esos que un vestido, porque siempre estaban en todos lados, muy al alcance y cabían en pequeñísimos huecos.

### XXXI

Recuerdo haberla soñado sucesivas veces en el centro de la pista de un circo, extrayendo del puño de su vestido rojo, un sinfín de pañuelos amarrados unos con otros que nunca dejaba de emerger, provocando rabiosos aplausos de los concurrentes, hasta desmayar.

Cuando esto ocurría, debía apresurarme a desatar de puños y cuellos, y extraer de carteras y bolsillos, todos los pañuelos de los asistentes, para huir después, propulsados por un gran cañón (con fulgurosas estrellas pintadas) y caer, hábil y fortuitamente, sobre la lona de otro circo.

### XXXII

Trabajé en svalbard como mesero toda una noche en una taberna flotante tan antigua como el viento y conocí a esta chica que sólo esperaba el sol. Vestía un escamoso púrpura y portaba armazones cartier sin vidrio. Cada vez que le hablaba, bajaba el armazón por el filo de su nariz, para concentrarse en mis ojos.

La chica se aburría fácil y cuando no, danzaba oculta detrás de una rockola que solo zumbaba canciones dulzonas.

Pasaron cientos de horas, la chica se volvió a aburrir, dejo de hablarme y de bailar, desistió en su espera al sol, y se marchó en otra nave, un diecisiete de abril.

### XXXIII

Durante un año viví en una treintena de hoteles que olvidaba a la hora de volver. Me hospedaba en la habitación high por diez noches, pagaba las primeras tres y me marchaba la última, lanzando por la ventana, objetos de primera necesidad comprimidos en una caja.

#### XXXIV

Eran tiempos en los que me comunicaba con terceros solo por motivos insalvables, convencido de que ahorrar expresiones, potenciaba mis recitales de poemas en el bar.

Pensaba en el valor de los silencios y en la exultante sensación que me provocaba regurgitar palabras sin sentido, que formaban hermosas ideas muy al final.

Un chico se sentaba adelante y me apuntaba con su super8.  
Me pregunto qué habrá sido.

#### XXXV

Después de cuantiosos extravíos, para regresar a mi albergue transitorio, dibujaba una flecha con tiza blanca sobre el lateral del cordón de cada esquina.

#### XXXVI

*¡Vas a aprender a golpes!*

#### XXXVII

doña berta solía sentarse en la mesa menos aireada, pedir un café cargado, tomar tres cuartos, llenar la taza con agua de borra que llevaba en un frasquito de laudanum, volcar la mezcla, pedir que le reconozcan otro y, en atento e insistente gesto, llevarse el mantel para sacarle la mancha.

#### XXXVIII

Las pocas veces que cantaba, entonaba las estrofas de una marsellesa mal pronunciada.

Las pocas veces que lo hacía, rociaba el tallo de una santa rita que se aferraba, obstinada, al marco de una ventana por la que nunca pudo entrar el sol.

#### XXXIX

Alguien me sigue, arrastrando sin padecer, un animal muerto.



Por el ruido, deduzco que la bestia porta una aparatosa cornamenta.

Temo girar y que eso que supongo, tome cuerpo y me arranque los ojos.

Avanzo y Avanza.

Mientras me aproximo a destino, analizo la posibilidad de caminar en círculos durante horas hasta que ese (que arrastra sin padecer, un animal muerto) se dé por vencido.

Desconcentro, tropiezo y caigo, y en ágil reflejo levanto la cabeza (sin mirar hacia atrás) para aguzar los oídos.

Los pasos que aceleran y se acercan, son otros.

Se adelanta y desde arriba me ofrece ayuda.

## XL

Amorosamente, recoge mi bolsa con piedras, la coloca (con suma dificultad) a mi lado y se marcha.

## XLI

El mundo es lo que veo. Si cierro ahora los ojos, lo poco que me rodea se convierte en un plano plagado de puntos de referencia de algo que ya sucedió.

## XLII

Hoy no quiero levantarme ni a las nueve ni a las diez.

No quiero abrir los ojos y caer en cuenta que estoy, otra vez, en otra cama.

## XLIII

Es tarde, y me siento abatido.

Estoy aquí, en silencio desde las veintitrés, dentro de una pecera con cuatro payasos que me besan los pies, bajo el yugo del mismo spot que rebota luz sobre esta camisa blanco atribulado.

TOC.

Solo levanté una mano para golpear el micrófono y cerciorarme de que aun funciona.

Dos chicas emergen del pesado rojo de la cortina que nos separa del mundo. Una dispara una risotada chillona como el freno de un colectivo y la otra le tapa

la boca, coloca vertical un dedo sobre sus labios, tropieza contra una silla, se enganchan y caen enmarañadas al piso. Son dos colectivos, ahora, los que hacen rechinar los frenos. Tapa una la boca a la otra y se ahogan en un dilatado beso.

Los únicos dos que esperan sentados en la tres, nunca giran. Creo que prefieren atender a los gestos que intento, costosamente, oprimir.

Las chicas no dejan de prodigarse y me acerco al micrófono a respirar.

“y quien dice respirar, dice jadear” declaro.

“como las putas que jadean cuando respiran, cuando cocinan, cuando cagan, cuando empuñan la cuchara para tomar sopa, cuando van a comprar lechuga, cuando se rascan la raya, cuando se peinan con dos colitas, cuando toman el té, cuando se sientan en el primer escalón, cuando dicen que les gusta, cuando se sacan sangre, cuando vomitan en la esquina, cuando llegan tarde, cuando miran televisión, cuando recogen la mesa, cuando sacuden el mantel, cuando lloran porque les duele, cuando piden por favor, cuando leen el diario, cuando sudan las manos, cuando toman cocacola en copa, cuando piensan en la vejez, cuando se comparan las tetas, cuando deshonran, cuando bajan a atender, cuando abren la heladera, cuando juegan al pool, cuando repiten lo que leen, cuando pisan el freno, cuando llegan tarde, cuando pierden las llaves, cuando gritan, cuando se lavan las culpas, cuando resuelven una suma, cuando disparan un dardo, cuando logran lo que quieren, cuando toman helado, cuando se soplan los mocos, cuando presionan un botón, cuando suben al segundo, cuando abren y no encuentran, cuando piden papel, cuando escriben al dorso, cuando les chupa un huevo, cuando alardean, cuando calman al otro, cuando pasean el perro, cuando duermen sentadas, cuando tosen, cuando preguntan, cuando vociferan porque si, cuando elaboran un plato, cuando se acercan de más, cuando se persiguen, cuando van a cobrar, cuando meten el dedo, cuando se depilan, cuando remueven la mancha.

quien respira, jadea.

como los vagos de mierda que jadean, a la vuelta, porque solo quieren ponerla. Como jadean los vagos de mierda cuando respiran, cuando se van a dormir, cuando espían por la ventana, cuando se peinan para el costado, cuando enchufan la plancha, cuando logran eyacular un minuto después, cuando comen picadillo, cuando se chupan el dedo, cuando se liman la uña, cuando lavan los platos, cuando estimulan el hoyo, cuando liberan tensiones, cuando toman la pastilla, cuando creen que han salvado, cuando sacan el pito, cuando miran al costado, cuando se echan, cuando tragan llanto, cuando lavan la moto, cuando se tocan las patas, cuando cortan cebolla en juliana, cuando eructan, cuando ven la novela, cuando escupen verde, cuando plantan un árbol, cuando dicen no me acuerdo, cuando toman color bajo el sol, cuando eligen los tomates, cuando llenan el vaso de birra, cuando se van por el inodoro, cuando encienden un pucho, cuando creen, cuando dan limosna, cuando compran gaseosa, cuando les causa gracia, cuando caen, cuando se acercan al borde, cuando van contracorriente, cuando se soplan la herida, cuando cruzan la calle, cuando miran un bulto, cuando se hacen los qué,

cuando corren las cortinas, cuando salvan una vida, cuando garchan de parados, cuando no se les pasa, cuando se arremangan, cuando someten, cuando pierden sentido, cuando se olvidan de comprar azúcar, cuando se agachan, cuando levantan el jabón, cuando desarreglan algo, cuando ponen un clavo, cuando recitan poemas, cuando encienden la radio, cuando dicen ya está, cuando arrugan.

así respiro. así jadeo. como una puta. como un vago de mierda. como un cíclope herido de muerte que recuerda lo que no vivió, que se arrepiente de no haberse cortado una vena antes, de no haber ido a misa, de no haber pedido perdón, de no haber faltado a una cita, de no haber cedido a sus encantos, de no saber golpear, de no haber aprendido a escribir, de no haber contado lo que se siente, de no haber buscado ayuda, de no haber hecho un favor, de no haber vuelto al otro día, de no haber dormido tranquilo, de no haber sido uno más, de no haber pasado de grado, de no haber cicatrizado, de no haber derribado un muro, de no haber calmado sus ansias, de no haber sido equilibrista, de no haber ido a sacar número, de no haber funcionado, de no haber cortado bien, de no haber hecho mierda, de no haberse elevado, de no haber reprimido, de no haber insultado, de no haber descreído, de no haber amado, de no haber sido así, de no haberse escuchado, de no haber bailanteado, de no haber congeniado, de no haber adivinado la frase, de no haber acomodado el placard, de no haberse mojado, de no haber usurpado, de no haberse ido, de no haber mezclado, de no haber calculado, de no haber hecho, de no haber manejado, de no haber sido fácil, de no haber entendido, de no haber vacilado, de no haber matado, de no haber callado, de no haber vuelto, de no haber maquillado, de no haber hilado fino, de no haber sorprendido, de no haberse tocado, de no haber sido elegido, de no haber mostrado sus garras.

soy una puta, un vago de mierda y un cíclope arrepentido.

soy quien decide quién debe vivir, quién respirar, quién jadear.  
soy ardor y sacrificio”

Las chicas ovacionan desde el piso y los de adelante hacen fondo blanco.

Me agacho para recoger la cañita voladora que yace a la par de mi pecera, enciendo la mecha, apunto hacia la cortina, y lo que era rojo, exalta en azul.

#### XLIV

Me unté las manos con baba de aloe para curarme del fuego.

#### XLV

Tengo un boleto a deadvlei que sale a las diez y aún no me he despedido.  
Hojeo de nuevo el diario. Un pronóstico reservado me genera dudas.

Decido no acarrear peso y empuño una maleta vacía.  
Frente al espejo me peino un bigote que yo mismo hice y me marcho  
llevándome el cerrojo de la última puerta.

#### XLVI

–Ella me dijo que me quedara quieto –respondo al tercero que me pregunta.  
Estoy sentado sobre un pedestal de cemento alisado, a la derecha, debajo del  
pensador.  
Repaso los nombres de los carteles de neón de los comercios del otro lado de la  
calle y cierro los ojos para repetirlos de izquierda a derecha y de derecha a  
izquierda.  
Ha comenzado a lloviznar y me corro solo un poco para ubicarme en la  
entrepierna de este tipo que me babea los pies.

#### XLV

El arte ha sido siempre imprudencia a través de la cual justifiqué acciones  
extremas que alivianaban la pesada carga de mis raciocinios y sentires.  
Robar un auto policial, desarmarlo y escribir con sus partes “las leyes no  
determinan”, en un canchón de la ciudad, fue un acto reflejo absolutamente  
ególatra, luego de haber sido parte de una pesquisa en un after.  
O caminar por la ciudad arrastrando la cabeza de una vaca y repartiendo  
papelitos que decían “¿sabes quién es mi madre?”, una necesidad inmensa de  
aplacar este estado, permanente y doloroso, de abandono.

#### XLVI

Cumplí los nueve, en un chamizo construido por doña berta, en el centro de un  
cañaveral. Vivimos ahí toda una primavera, hasta que logró juntar para pagar  
dos meses, haciendo changas y vendiendo en la ciudad un tercio de su colección  
de pañuelos.  
Desaparecía muy temprano, abducida por un mismo hueco entre las cañas, y  
se alejaba desovillando un hilo de lana azul, sollozando e imprecando a un  
centauro.

#### XLVII

Se llevaba todos los fósforos, y me dejaba un ovillo de lana apolillada, que se  
cortaba a cada trecho.  
Diseñé un laberinto atando cabos a los tallos de las cañas.

## XLVIII

Ella nunca creyó que, en cuanto se marchaba, un hombre se arrastraba hasta la ventana para preguntar.

## XLIX

El día en que nos mudamos, doña berta me entregó una caja con fósforos y se adelantó.

## L

Él sabía levitar.

Nos conocimos en uno de esos puntos de confluencia en un callejón.

Mientras me acomodaba para dormir recitando en siseos las oraciones por doña berta, saltó como un animal cazador sobre mí desde una sombra, aprisionándome contra el paredón y pidiéndome respuestas.

No las tuve. No supe qué hacía ahí. Solo estaba agotado y necesitaba descansar.

Él se elevó frotando la espalda contra el muro y me esperó sentado en la cornisa.

## LI

doña berta me envuelve en una manta, me acomoda en la cuchara de una catapulta, me besa y me suelta.

## LII

Camino sobre una cuerda suspendida en la nada, tropiezo y caigo sobre otra cuerda.

## LIII

Una mujer lame las heridas de mis rodillas que brotan y se hacen río. Cuatro viejos levantan un cajón y caminan hacia el fuego. Soplo doce velas que nunca se apagan.

#### LIV

Giro sobre una cinta mecánica. Un hombre levanta un arma y apunta. Los patos vienen detrás.

#### LV

Muchas veces me escondí a esperar que notara mi ausencia.

#### LVI

Lo he visto por tercera vez. Reconozco el eco de sus pasos cuando viene detrás. Me detuve en una esquina mientras pasaba un colectivo y vi su escurridizo reflejo en las ventanas.

#### LVII

No había leído esta condición de permanecer en el lugar hasta que la artista, que se arrastraba desnuda sobre un charco de sangre de cordero prodigándose chicotazos con un ramo de acelga, decidiera liberarnos. Podría haber estado en ese momento tomando un café en el bar de la entrada, mirando noticias sobre catástrofes, guerras, violaciones y fútbol, pero cedí a la frase de un cartel en esta puerta (ahora bloqueada) que decía:

*“no es arte lo que no sana”*

#### LVIII

Hay un poema sin fin que habla de un mar que se eleva y que la espuma de las olas son nubes que se precipitan sobre infinitos granos de arena.

Dice que cada grano es un alma y que las almas golpean entre sí, perdiendo tras el impacto.

Dice que lo que se desprende no es más que materia. “sustancia que brota y se libera”. y que esa sustancia deja de pertenecer para comenzar a ser.

Sus dos últimos versos son un mantra que debe repetirse cada día. Y (uno), antes de morir, debe legárselo a un ser joven y querido.

(tal vez muera sin haber cedido)

#### LIX

Hubo un tiempo en que doña berta se levantaba muy temprano para hacer running y, de paso, robar el periódico de algún perezoso del barrio bien.

Llegaba a casa, se acostaba sudada a dormir y volvía a levantarse al mediodía a desayunar (para no almorzar) e informarse. Su sección preferida era cultura y espectáculos.

Después de leer en voz alta, recorriendo con un dedo con manteca los renglones que detallaban la vida de los otros, anotaba en una libreta azul klein, horario y dirección de los eventos del día: presentaciones de libros, exposiciones, encuentros, charlas, mesas debate de lo que fuera, y cualquier otra tertulia que incluyera copas de vino y canapés.

Casi siempre me llevaba por mi habilidad de escurrirme entre la avalancha de público y tomar cantidades generosas de lo que haya, mientras ella analizaba en detalle alguna pintura o hablaba con el escritor estrella sobre las contradicciones del mundo.

En cuanto dejaban de circular las bandejas, corríamos (literalmente) al siguiente evento que indicaba el mapa confeccionado esa tarde.

Volvíamos cuando no quedaba nada. Y si no conseguíamos el favor de algún amable señor para acercarnos hasta la esquina de casa, regresábamos zapatos en mano, caminando desde donde estuviésemos, mientras ella repetía (con la lengua hecha un nudo), las frases más ocurrentes de la noche, para recitarlas en alguna charla del próximo acontecimiento.

## LX

*Tarde o temprano todo se sabe*, dijo la vecina mirando fijo a doña berta, mientras sorbía el milésimo mate sentada en la medianera entre su casa y la nuestra.

Dos noches antes, habíamos sido testigos del despegue de platos voladores desde su ventana, que replicaban trayectoria para estallar a media calle.

el sr. h salió por la puerta del costado unas horas después, arrastrando una valija rosa (con ruedas que no giraban) y a su único hijo varón.

## LXI

Nunca pude entonar correctamente una canción. Las cuerdas vocales me traicionan severamente pese a mi esfuerzo y esmero. clemente se mofaba de esto, sentándose al piano e incitándome a cantar. Sus falanges acariciaban las teclas con la elegancia de un sireno y me miraba con ojos que se inundaban hasta liberar, con todo el cuerpo, la carcajada más estruendosa.

## LXII

... y apretás esto –me dijo.

Se ubicó delante de un tronco, a unos veinte metros de distancia frente a mí, colocó sobre su cabeza un tomate cherry, cerró los ojos y gritó: ¡ya!

Presioné el gatillo y el arma hizo un ruido leve y sordo.

*¡Ya!*, repitió. Y repetí la acción.

*¡Yayaya!* gritó con los pulmones llenos, como si de ese modo fuese a resolver el inconveniente.

Excedido por la frustración, bajé el arma golpeando la culata contra una piedra y la bala me atravesó la mano.

### LXIII

En aquellos días no extrañé tanto a doña berta.

Alguien me dijo alguna vez que la ausencia indefinida del otro implica, en cierto modo, un sentimiento de liberación. No fui tan consciente de eso en su momento, pero lo cierto es que durante casi un mes, esperé trepado a un árbol frente a casa, rogando que no volviera.

### LXIV

doña berta se ubicó al volante de un taxi, mientras su propietario compraba en el fast. Me hizo señas para que subiera, y ahogando la risa pisó el acelerador.

El auto tosió dos veces y arrancó a toda máquina. doña berta se desató, gritando y festejando su suerte mientras subía el volumen de la radio para corear a joplin a viva voz. El asiento de atrás era todo mío y me mudaba de una ventanilla a la otra sacando la cabeza para que el viento me desglosara los estribillos. Dimos unas vueltas por el parque para silbar a los tipos y pedirles puchos, subimos al barrio bien a buscar en la basura, fuimos al aeropuerto a ver despegues, recorrimos todas las plazas con fontanas, bajamos al lago a insultar a los gansos y abandonamos el auto con el tanque en cero.

Regresamos a casa al amanecer, cargando un sillón primavera verde con sólo dos heridas cortantes.

### LXV

Cerró los ojos y el reloj de pared comenzó a girar en sentido contrario.

Me acordé de esa obra adquirida en una feria, que había dejado de funcionar hacía ya un tiempo y no conseguía que el artista se presentara a reparar el desperfecto.

*Ahora es otra cosa y no sé de quién*, decía.

Pensé en el tiempo, en lo que guarda, en lo que se espera y no llega, en este señor que teorizaba sobre la relatividad, en la puja entre lo que se cree y lo que sabrá ser, en la fe. Pensé en la invalidez de las discusiones cuando todo es posible, en nuestra necesidad de imponer una única razón, en esta costumbre de incomodar tanto cuando podríamos estar mejor.

Hablamos sobre eso mismo sin coincidir, sobre todas las posibilidades sabiendo que nunca abarcaremos tanto, sobre la infinitud de sentidos cuando la



cosa se libera, sobre lo bello de nuestras diferencias. él se desdijo, otra vez, y destapó un vino después de otros tres.

#### LXVI

Cuando clemente me trajo, la sra. me recibió con un abrazo potente y caluroso. Había comprado golosinas, frutas y bebidas gaseosas que se acabaron en dos semanas y nadie repuso. Me regaló unas pantuflas y un montón de ropa entallada que guardaba en una enorme caja fuerte, en la pared. Destinó para mí, un dormitorio sin puertas, como todas las salas de la casa.

Dice la musa que las hizo sacar después de un “episodio” del que nunca tuve detalles.

#### LXVII

Había aprendido dos cosas de las películas de cowboys: que los indios eran torpes, testarudos, violentos e incivilizados, y a construir trampas para caballos. Esto último fue de gran utilidad cuando me aburrí de los pájaros.

#### LXVIII

–Esta historia podría no terminar –escuché a doña berta decir por teléfono, en un susurro entrecortado.

Probablemente, mientras pronunciaba la frase, decidió.

Una semana después, se llevó sus tres vestidos y los pocos pañuelos que le quedaban, a la hora del running.

#### LXIX

La casona era grande y, pese a tener mi dormitorio, por las noches, dormía en cualquier lugar. Me sentía como una mascota con todo a disposición y sin prohibiciones.

La sra. descansaba siempre de día escoltada por clemente y alguna musa.

Las horas eran largas y apacibles. Y en este mundo de normas elementales, solía bañarme poco. Hasta esa tarde en que una de las musas se metió en mi bañera a exfoliarme los pies.

#### LXX

Me perdí casi un mes bajo el yugo de unas cápsulas medio rojo medio blanco.

Fui. Vagué un millón de veces por la misma noche recitando la *sonámbula*. Pisé las huellas detrás de mí. Me sometí a la ausencia. Luché por evitar otra caída. Me deshilaché las venas buscando un glóbulo azul. Me dibujé este beso en la entrepierna.

Vomitó un rencor atorado en la tráquea. Me contraí a ritmo de sístole y diástole.

Construí un útero con costras. Me rasgué los abscesos. Y después de todo, tuve que volver.

#### LXXI

Éramos doce en una habitación tan fría como el whisky que se preparaba la señora p. Apagaba la luz a las veintidós en punto. Y cuando sus zapatos charolados dejaban de castañear, nos desnudábamos y acurrucábamos de a dos o tres para suministrarnos calor.

#### LXXII

Desde hace siete meses hago todo solo. Hasta lo de robar en el super para subsistir.

Creo que la casa está más limpia.

#### LXXIII

Los poemas que recito tienen la forma de nubarrones. De esos negros nubarrones que refusilan por dentro y se expelen en torrentes violentos que desploman y arrastran todo a su paso, mientras pierden fuerza y consciencia y vida.

No sé de otras maneras.

#### LXXIV

Es la cuarta vez que lo veo. Ya no disimula. Se sienta en la mesa contigua, y enciende fósforos que se consumen hasta quemarle las uñas.

Le temo a esa lumbre.

#### LXXV

Vociferaba desde abajo y solo podía entender las vocales.

*A i o o ai u a a o au*

La musa había decidido inspeccionar el fondo del pozo de agua asegurando que la vieja tiraba por las noches joyas y dinero envuelto en nylon con cinta de embalar.

Anudamos sábanas, como en las películas, y confiada en su delgadez, decidió bajar.

Tiró tres veces y supuse que debía remontar.

Algún nudo se habrá soltado porque la musa no regresó.

## LXXVI

No encuentro diferencia entre soñar y velar. Siento que la vida se me ha vuelto permanente estado de vigilia, y a todo cabe una duda. Cada cosa que toco tiene textura impropia. Las voces que escucho, a veces, carecen de cuerpo. Debo caminar constante, como en un pantano, para evitar que el suelo me succione. Me esfuerzo en construir primitivas frases y las palabras emergen distorsionadas.

Cada vez que rezo, pregunto si habré muerto antes que ella.

## LXXVII

Llegué a destino olfateando sus huellas con la finura de un zorro.

Golpeé la puerta a las diez treinta y siete.

## LXXVIII

“Pero desde aquí no veo el mar.

Debería atravesar las mesas y el telón, y después la calle, y setenta y cuatro manzanas, un monte, una ruta, un campo de soja, una casa con alero, un chiquero lleno de cerdos que, parados en dos patas, me escupen a la cara, vadear un pedregal, saltar con garrocha sobre un pozo ciego, orillar un río hasta encontrar un puente, o nadarlo y secarme los pies al sol, bifurcar el surco que conduce a otra parte, decidirme y nivelar, sopesar peligros, predecir angustias, dosificar el agua que me purifica, aligerar el peso que me sumerge volcando azúcar sobre un hormiguero, escurrirme el sudor, frotarme los ojos para enturbiarlos, perder el sentido para desviarme y tener que volver, considerar el cansancio y desobedecer, ver el sol más brillante detrás de una moneda, padecer dolores que me dan placer, sentir otra vez que estoy agotado y putear por mi cordura, porque no soy capaz, porque tiemblo cuando veo a lo lejos una sombra que se le parece, porque prefiero meter la cabeza en una fosa, porque la luz me molesta y me hace llorar, porque escondo la mirada detrás de un punto ciego, porque quiero caminar, gatear, arrastrarme como una lombriz en tierra seca y espinosa, vociferar que sigo porque quiero y puedo, y llorar como una cabra,

cargar piedras en los bolsillos para llevar de recuerdo, desovillarme la vida hasta encontrarle la punta, lanzar un rayo hacia atrás para que destruya lo que no veo. Porque cuando no se ve no se siente, no se escucha, no se sabe, no hay necesidad de huir, de golpear, de galopar, de agolpar, de rasgar un alma porque tiene un roto, de impregnar el aire con humo negro para escabullirse sin necesidad, de comprimir el viento en un sifón, de liberar endorfinas para que nada pase, de salpicar con barro el umbral de la puerta, de voltear, de doblar, de anudar cordones que se desatan a cien pasos, de mofarse de otro infeliz, de sacarse chispas sin necesidad, de evitar el cauce por miedo a la creciente, de contraer la sombra para que no me encuentren, de morder la almohada cuando siento frío. Porque contra el frío no se lucha, no hay abrigo que pueda cuando viene de adentro, no hay sol capaz de entibiar las yemas, no hay razón, no hay consuelo, no hay oración que finalice si me encuentro bajo esa luz que ciega cuando me preguntan sobre cosas que no recuerdo. Porque la vida se me ha puesto borrosa y cuando creo que algo tengo, el filo de una guillotina cae y me atraviesa. Y otra vez el circo. Soy el asistente enfundado en una malla y partido en tres por un mago engañoso, soy asistente, mago, malabarista, equilibrista, hombre bala, payaso y domador, tragafuegos, faquir, trapecista, caniche amarrado a la cola de un elefante, un elefante en pollerita, un oso en bicicleta, un mono con platillos que resuenan como el choto, el presentador de la feria, el conspirador, el que ríe con todos los dientes porque abusa y esclaviza, soy la geisha contorsionista, la rusa que se cuelga del rodete quince metros arriba para girar y girar tragándose el vómito para después bajar a saludar mareada, con los ojos llorosos, con las venas alteradas, con el sopor del insomnio porque no come hace días como la foca, el hipopótamo y la leona que se mastica las uñas porque no le alcanza, que cree que el mundo está lleno de luces, que se pone en celo y no tienen con quién, que lo poco que ve es a rayas, que no logra entender para que mierda la gente se acerca si solo son lo que poco que queda de una foca, de un hipopótamo, de una leona.

Hay aquí una leona raquítica y miserable, que blasfema y escupe palabras raquíticas y miserables.”

## LXXIX

Ayer a la tarde pasé por el bar que ahora es heladería. Entré para ver cuánto las cosas han cambiado y resulta que sí, ya todo es otro.

Intenté rescatar algún otro recuerdo, pero no encontré nada que provocara.

Salí entumecido, con los dedos fríos, a abrazarme a un poste al que le daba el sol.

## LXXX

Ésta que está al lado mastica un caramelo con dientes fuertes y saludables.  
La chiquita del frente se arranca un pelo con el que atraviesa el anillo de bodas de su madre, lo revolea y grita ¡magia!

El señor engominado lucha contra un mosquito que insiste en chuparle la yugular, en esquivarle el manotazo y cagarse de risa.

La del mostrador escucha una radio que parlotea ahogada dentro de una alacena porque ya le robaron cuatro.

La chiquita corre de un lado a otro, revoleando el anillo y gritando ¡magia! ¡magia! ¡magia!

La mamá atraviesa un pie, la chiquita cae estruendosa al piso y el anillo rueda y se pierde en el resumidero.

La mamá corre al resumidero mientras brota sangre de la boca de la chiquita.

La del mostrador salta a ayudar a la señora y la chiquita se ahoga y tose y sangra.

El señor engominado se levanta enérgico y sale balbuceando algo sobre el doctor.

La del caramelo sigue mirando una revista de corte y confección, levanta la vista y observa la escena mientras arranca, cuidadosa, un molde desplegable que repliega y guarda en su cartera.

La del mostrador corre a buscar una pinza, y la chiquita se enajena y se ahoga y tose y sangra.

La mamá estira un brazo con un pañuelo y le grita ¡apretá!

La del mostrador no encuentra la pinza y la mamá busca en su cartera algo para aflojar. Intenta con la uña del dedo chiquito, se le quiebra y re putea.

La del mostrador no encuentra con qué ayudar.

El doctor sale de adentro peinándose los ocho pelos y la del mostrador entra corriendo a buscar el cuchillo.

La chiquita se tapa la boca con el pañuelo rojo y solloza y se ahoga y tose y sangra.

El doctor se pone en cuatro, traba una pata de sus lentes bifocales y levanta la rejilla como si nada.

La mamá, la secretaria y la chica de los dientes fuertes aplauden y vitorean.

La chiquita se acerca, mete la mano y rescata el anillo.

La mamá, la secretaria, la chica de los dientes fuertes y el doctor, aplauden y vitorean.

La mamá abraza, besa y acaricia a la niña, y pronuncia un “ya está mi amor, ya está”.

## LXXXI

El doctor dice que lo mío se está poniendo serio. Que estoy conjugando mal los verbos, errándole a los artículos y hablando en plural. Que vaya a una

fonoaudióloga porque así no puede trabajar conmigo porque capaz que un día me malentiende y me receta una pastilla que no es.

#### LXXXII

La chica que entra después, me mira y me sonrío. Quizás la conozco de otro lado, pero no me animo a preguntarle. Creo que le gusta la moda y esas cosas porque siempre se lleva los moldes plegables que traen las revistas. Parece que ella sola se hace la ropa porque cuando la secretaria le pregunta, responde que son creaciones propias.

La chica tiene un lunar en la palma de una mano, que se pone verde porque rasca cuando se acaban las revistas nuevas. Porque se las lee todas. Las de corte y las de amores y desamores de farándula. A veces hasta lloriquea y se sopla los mocos con el dobladillo del tapado. Debe ser sensible o quizás desea vivir en una de esas mansiones tan recargadas de cosas al pedo.

Siempre me pregunto si esa gente sabrá lo que tiene, o si se acercará cualquier día a un cristalero y descubrirá cagaditas que no sabía que poseían, ni para qué son.

La chica me mira y sonrío.

Yo no.

#### LXXXIII

La última vez, recibí un mensaje cifrado, tallado en lo que habrá sido parte de una puerta. Decía que me esperaba en la esquina noroeste de San Juan y Benavidez, que vestía una campera negra con detalles en la espalda, una remerita ceñida, pantalón vaquero gastado y botas con tachas en las puntas.

No fui. Soñé que fui. Porque me acerqué medio flotando y pendiendo de un hilo. Me miró con ojos rojos y me dijo que le devolviera la plata. Saqué de mi bolsillo un par de botones y le dije que eran de oro. Me miró con ojos rojos, se llevó un botón a la boca, le clavó un diente y saltó una costra de doradito dejándole un borde desnudo. Me miró con ojos rojos, me besó el anillo y se fue.

#### LXXXIV

Es este uno de esos días hermosos en los que, espontáneamente, se te ocurren cosas hermosas para hacer. Como limpiar el baño y la cocina, acomodar y guardar la ropa de verano, planchar y colgar camisas, sacudir frazadas, lavar sabanas y toallas, zurcir desgarros, peinarte al costado, probar para el otro, sonreírle al espejo, poner una canción, subirle el volumen, cantarla a viva voz, abrir correspondencia, sacar cuentas de lo que se debe y anotar la cifra con indeleble en la heladera, bajar a comprar harina leudante, huevos, leche, un limón y vainillín, hacer un bizcochuelo y llamar a la vecina para que se llegue en una hora, barrer antes el balcón, regar la planta, pasarle un trapito a las sillas y marcar un cero

ochocientos diez para contarle al que atiende, que hoy todo funciona a la perfección.

#### LXXXV

Tengo sentimientos encontrados y me veo imposibilitado a decidir cualquier cosa porque después me arrepiento. Y si puedo revertir la situación, decido lo otro para volver a arrepentirme.

Como cuando voy a la placita que queda a dos cuadras y media de aquí.

En principio, no hay complicación porque si tomo hacia la derecha me alejo. Entonces, ir hacia la izquierda es una acción placentera y natural.

El dilema se presenta cuando llego a la esquina porque debo decidir por dos caminos: el que me lleva hacia la esquina de pinos y el otro, hacia los sauces. El tipo de árbol me dan igual. Todos proyectan sombras. Lo que me inquieta es la duda de lo que estaré perdiendo si viro a la derecha y lo que estaré perdiendo si viro a la izquierda. Y cuando analizo la posibilidad de tomar por la derecha hasta los pinos, volver y tomar a la izquierda hacia los sauces, pienso en lo que habré perdido mientras iba por la otra calle.

Prefiero quedarme aquí.

#### LXXXVI

La musa me dijo que le avise cuando la sra. despierte. Estoy parado de este lado de la cama contando los lunares de su cara.

Debe haber sido muy hermosa, la sra. Todavía mantiene rasgos angulosos y las pestañas largas. Y el cabello perlado le sienta muy bien. Si fuese discreta o un poco más silenciosa, la querría aún más.

La musa busca un sombrero con tres plumas de faisán. Dice que es el sombrero más distinguido del mundo y que lo quiere porque la sra no lo usa y así se arruina, como todas las cosas que se abandonan.

#### LXXXVII

Me he puesto oscuro como ese hermoso lado de la luna.

#### LXXXVIII

Me senté a su lado, pedí una copa con vino y otra con agua, me mojé los dedos en la primera, encendí un fósforo, me concentré en la zona reductora de la flama y esperé a que se extinguiera.

Inmutable, repetí el gesto doscientas veintidós veces.

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2019,  
en San Miguel de Tucumán, Tucumán, Argentina,  
con una tirada de 100 ejemplares.